

"Sous le soleil de Satan"

de Georges Bernanos

Después de haber escrito «La vie d'un curé de Campagne», Bernanos se ha sentido de nuevo tentado a describirnos la vida dura y sufrida de otro sacerdote francés, el párroco de Lumbres, muerto también en olor de santidad, como el primero.

No debió ser empresa fácil, para Bernanos, el análisis y la exposición del carácter del abate Donissan, aunque, en el libro, su talento y su pluma consigan hurtarnos el esfuerzo que acaso le exigieran. Ni tampoco es fácil, para el lector, entender, asimilar, la compleja lucha espiritual de este hombre que, ofreciéndose diariamente a Dios y dedicándole toda su vida, sufrió en su alma y en su carne la terrible tentación de la desesperanza. Desesperanza de su propia salvación y de una final victoria de los hombres contra «el príncipe de este mundo.»

«No nos midas el tiempo, ¡Señor!», — rezaba el párroco de Lumbres —, «El universo que nos arrebató el pecado, lo recuperaremos palmo a palmo y os lo devolveremos tal como lo recibimos, ordenado y santo, la primera mañana de los tiempos». Pero, el abate Donissan, en la celda de su confesionario, constata la repetición del pecado, el cansancio de los hombres, sus infidelidades, sus abandonos. Día a día lo mismo; año tras año. Desespera de salvar a su grey, y, temerariamente, ofrece su salvación a cambio.

Y de una forma u otra, — como le dijo el abate Menou-Segrais —, su ofrecimiento temerario fué escuchado. El párroco de Lumbres vive casi sin esperanza; sólo le queda el pequeño rastro de un resplandor, sin el cual ninguna obra es posible y todo mérito vano.

Renuncia a una mano amiga, a consolaciones espirituales, rehuye la paz, se mortifica el cuerpo, se regatea a sí mismo descanso y sueño. Todo lo ofrece al Señor para sus ovejas; ya a ellas les da la paz que no tiene y fe en la misericordia de Dios. El lucha a brazo partido, contra la desesperación. Ve y siente la presencia de Satán, su odiado enemigo, en cada encrucijada y en cada sendero. Pierde su ruta, debe ganarla de nuevo, y en la desesperanza de su noche negra, de su ofuscación, llega incluso a retar a Dios, a pedirle un signo, un milagro. Milagro que no le fué concedido, porque la llama ardiente de su gran amor a Dios había devorado incluso las propias cenizas. Olvidó implorar, pedir. «Estaba loco, — diría de sí mismo el propio párroco de Lumbres más tarde —, peligrosamente loco. ¡Un santol! Todos tenéis esta misma palabra en la boca. ¡Un santol...! ¿Sabéis tan siquiera lo que significa?» «Anhelamos ver la luz de Dios, pero vivimos bajo el sol de Satanás.»

La obsesión de la presencia del príncipe de las tinieblas le sigue, le acosa. Le enturbia el juicio de sus actos más puros. Es su cruz, su sufrimiento; pero es también la confirmación, que él en su humildad no sabe ver, de que su ofrecida renuncia a todo consuelo, le fué desde los cielos aceptada. ¿Fueron sus últimas horas, sus últimos minutos de paz, de plena esperanza? Nadie lo sabe. Dispersados sus filigreses, los propios de su parroquia y los que acudían desde las más apartadas regiones, en espera de salud y consejo, después del tiempo habitual que dedicaba al Sacramento de la penitencia,

un buen día, el cura de Lumbres no apareció por ningún lado. Le buscan por los caminos. En vano. «Dentro del confesionario hay un cadáver; de pie, como un centinela, al que hubiesen muerto de un tiro, en su garita.»

Este es el personaje y su anécdota. Imposible describir en una breve crítica la categoría y el verismo que pone Bernanos al explicarnos la titánica lucha interior que sufrió el santo de Lumbres. Imposible resumir las consideraciones, morales y filosóficas, joyas principales de la obra, que acompañan la acción.

«Sous le soleil de Satan» se compone de un prólogo y dos partes. Bernanos nos cuenta en el prólogo la historia de Mouchette. Es el mundo externo. Pecadores y pecados que conocerá más tarde nuestro protagonista. La primera parte, titulada «La tentación de la desesperanza», está especialmente dedicada al mundo interior del abate Donissan. La última «El santo de Lumbres», en mi opinión, la más impresionante, es el desesperado y logrado intento de tender un puente entre el mundo y un elegido de Dios. Para su propósito, se sirve el autor de un escritor famoso, inteligente, viejo ya y antiguo libertino, quien de pronto siente la curiosidad de visitar al también famoso padre Donissan. Quizá, pese a su inteligencia, él mismo ignore la razón de su curiosidad. Acepta como motivo el deseo de buscar un tema para un nuevo libro. Llega a Lumbres. El padre Donissan está confesando. No importa. Esperará. Le espera en el despacho de la rectoría. Entran dos nuevos visitantes, conocidos del párroco. Con ellos recorre la casa visitan sus dependencias. También la habitación del padre Donissan. Peregrinación desconcertante; asombro, estupor. Pero el puente va tendiéndose. Descienden de nuevo. Los visitantes abandonan la casa y tratan de hallar el cura de Lumbres, que prolonga en demasía su ausencia. Las confesiones hacen rato que terminaron ya. El famoso escritor espera solo en la iglesia. Se sienta en un banco. Quiere olvidar lo que vió y aprendió en la celda del piso superior. Teje los más absurdos sueños. Se edificará una casita en Lumbres. La última aventura su espectacular conversión. Así los periódicos seguirán ocupándose de él. Y, al mismo tiempo, tampoco será desagradable su tardío ingreso en un mundo de paz y beatitud. Quizás, cuando muera, — y no pueda evitar un estremecimiento —, podrá conseguir que lo entierren en esta misma Iglesia, bajo una de esas lápidas de mármol que ahora contempla, blancas y siempre brillantes, gracias a los desvelos del sacristán. El escritor cuida bien la puesta en escena del último acto de su vida. Pero repentinamente, se turba; recuerda su visita a la habitación del padre Donissan. Su habitación... Y cerca de él, casi al alcance de su mano, está también el confesionario. Es preciso que lo vea. Lo necesita, para acabar de comprender a su hombre. Para cruzar el puente.

Se levanta. Da unos pasos descorre la cortina.

Y aquél cadáver de pie parece que aun tenga voz para decirle:

— «Tú querías mi paz. ¡Tómala!»

L. d' Andraitx